

del cilicio que llevaba continuamente y de la disciplina que á menudo se hacia dar en secreto, salia con los monges al trabajo del campo y se empleaba en las obras mas duras segun sus fuerzas se lo permitian. Suplicó asimismo al hermano que le servia en la mesa que le administrase ocultamente la porcion de la comunidad, en lugar de otros platos regalados que se preparaban para su persona. No queria sustentarse de otras viandas que de las legumbres insípidas que se daban á los religiosos, y durante algunos dias fueron éstas su único mantenimiento. Mas un método de vida tan diferente de aquel á que estaba acostumbrado, le causó una enfermedad que le obligó á mudar de alimentos, lo que fué para él una pena tanto mas sensible, cuanto parecia una especie de sensualidad ó de delicadeza poco conveniente á su situacion. Consolóse con esta humillacion, y la aceptó como un suplemento al género de penitencia que habia llegado á serle imposible.

Empezaba á gustar de los placeres puros de este santo retiro, cuando una multitud de ingleses, desterrados por su causa, vinieron á derramar la amargura en su alma sensible (1). El rey de Inglaterra, irritado de no haber podido atraer al Papa á que condescendiese con sus deseos, mandó confiscar los bienes del arzobispo y de todas las personas que le eran afectas; estrañó del reino á todos sus parientes, amigos y domésticos, sin perdonar á los ancianos decrepitos, ni á los niños de pecho, ni á las madres recién paridas, é hizo jurar á todos los que se hallaban en edad de poder obligarse con juramento, que se irian con Tomás á cualquier parte donde estuviese. El furor llegó al extremo de prohibir que se orase por él. Llegaban, pues, diariamente al santo prelado cuadrillas de estos desgras-

(1) *Gen. Chron.* 1165.

ciados, cuyas penas se reunian todas en su corazon sensible. Mas la caridad generosa de los franceses fué igual á la odiosa barbarie de Enrique II. La indignacion que escitaron estas persecuciones hizo dar á tantos proscritos socorros tan abundantes, que muchos se hallaban en su destierro mejor que habian estado en el seno de su patria.

Hubo algunos súbditos del perseguidor que señalaron igualmente su adhesion al Santo perseguido. Admiróse sobre todo la firmeza de San Gilberto, fundador de Semprigan (1) ó Simptingham. Llegó á la corte la noticia de que él y sus religiosos habian enviado grandes sumas de dinero á Tomás á su retiro de Francia, y se procedió inmediatamente contra todos los superiores y procuradores de la orden á fin de desterrarlos si se fuesen convencidos del hecho. Sin embargo, los jueces, por respeto á la santidad de Gilberto, no exigieron mas que su juramento contra el tenor de la acusacion para enviarle absuelto; mas aunque esta era en efecto muy falsa, y la rigida pobreza del Santo hacia imposibles semejantes liberalidades, quiso mas bien esponerse á todos los efectos de la tiranía, que prestar un juramento de tan mal ejemplo. No atreviéndose los jueces á condenar á un Santo, tan generalmente reverenciado, le concedieron cierto tiempo para que resolviese. En este intervalo sobrevino una declaracion del rey, el cual, para salvar las apariencias, se reservaba el conocimiento de esta causa; pero daba desde entonces libertad á Gilberto y á los demas superiores de su orden. Entonces fué cuando él declaró, sin necesidad de forma alguna de juramento, que la acusacion habia sido absolutamente falsa. El Santo vivió todavia mucho tiempo despues en una profunda tranquilidad y llegó á la edad de

(1) *Vit. Gilb. Mont. Ang. tom. 2, pag. 984.*

(AÑO 1165)
ciento y seis años en que murió el 4 de febrero de 1190.

El enojo del rey Enrique causó una consternacion aun mucho mas terrible, pero que no fué de mayor consecuencia. Para amenazar al Papa Alejandro, que se oponia á sus injustos deseos, fingió querer sustraerse de su obediencia y entrar en la rebelion de Federico contra la Santa Sede. Este emperador se aprovechó con ansia de la ocasion para hacer abrazar á un gran reino el cisma, que de ningun modo habia podido estender fuera de sus Estados. En una dieta tenida en Wurtzburgo, donde asistieron dos diputados del rey de Inglaterra, les hizo traspasar sobre manera los límites de su comision: contrajeron empeños verdaderamente eismáticos, pero por su propio capricho y sin haber sido jamás autorizados (1165). El rey Enrique, en medio de tener una religion que practicaba á su modo, tenia principios de fé que manifestó siempre respetar; y así quejándosele el Papa Alejandro de los procedimientos escandalosos de sus diputados, dió la desaprobacion mas formal y satisfactoria. «Os aseguramos en nombre del rey de Inglaterra, le escribieron de su parte muchos obispos ingleses y franceses (1), que no ha jurado ni prometido al emperador, ni por sí, ni por medio de persona alguna autorizada por su parte, renunciar á la unidad de la Iglesia y abrazar la comunión de los eismáticos.» Llegaron hasta esplicarse sobre una alianza que podia dar alguna sospecha. «Por lo tocante, añade la carta, al matrimonio de la princesa, hija del rey Enrique, con el duque de Sajonia, el rey ha puesto por primera cláusula que haya de guardar una fidelidad inviolable al Papa y á la Iglesia.»

Federico Barba-roja buscaba en su dieta ó conciliábulo de Wurtzburgo un apoyo capaz

(1) *Tom. 19 Concilior. pag. 1443.*

de sostener la faccion que se precipitaba hácia su ruina despues de la muerte de Octaviano acaecida en el año precedente (1164). Este antipapa fué tan aborrecido en aquellas mismas ciudades que el emperador habia sometido á su obediencia, que los canónigos de Luca donde murió no quisieron consentir que fuese enterrado en su iglesia. Al cabo de cuatro años de intrusion, no tenia mas que dos cardenales, de cuatro que le habian seguido; á saber, Guido de Crema y Juan de San Martin. Procedieron estos á una nueva eleccion; y en este cónclave tan estraño, compuesto solamente de dos cardenales, á los cuales asociaron cuantos prelados eismáticos pudieron reunir apresuradamente, fué instituido Papa el cardinal de Crema, con el nombre de Pascual III. Como sabian que el emperador estaba muy disgustado de su antipapa, se apresuraron á nombrar sucesor sin saberlo este principe, antes que pudiesen recibir sus cartas por las cuales prohibia en efecto crear un nuevo Pontífice. Pero el primer paso en la carrera del crimen, hace en los soberanos mismos una especie de necesidad de una culpable perseverancia. Federico aprobó la eleccion que habia prohibido, juró é hizo jurar á sus eclesiásticos que reconocerian siempre por legítimos Pontífices á Pascual y á sus sucesores, y por eismáticos á Alejandro con los suyos. De esta manera y contra su propio voto, se reanimó el cisma con su proteccion. Guido de Crema con el nombre de Pascual, llevó mas de cuatro años el nombre de Papa.

La muerte del antipapa Octaviano hizo sin embargo á los eismáticos de Italia mucho mas accesibles y causó la mayor alegría á los parciales de Alejandro. Algunos de sus cardenales la celebraban con tan poca reserva, que les reprendió generosamente de que se manifestasen mas sensibles á sus intereses pasajeros, que á la suerte eterna de un alma arrebatada de este mun-

do en estado tan deplorable. Habiendo el emperador en estas circunstancias dejado la Italia, perdió en ella casi todo su poder (1). Los venecianos hicieron contra él una liga formidable, en la cual envolvieron á la mayor parte de las ciudades de Lombardia. Los romanos prometieron con juramento someterse al Papa Alejandro, establecieron un nuevo senado enteramente de su devoción, pusieron en manos de su vicario la iglesia de San Pedro, el condado de Sabina y otros muchos puestos importantes que habían tomado á los cismáticos: despues enviaron una diputacion numerosa para reclamar su pastor, quien de acuerdo con los reyes de Francia y de Inglaterra determinó su regreso. Embarcóse para Sicilia donde el rey Guillermo disputó á los romanos el honor de aventajarse en su obsequio, haciéndole una acogida conforme al título de Padre y de Señor que le dió. Escollado de cuatro galeras que le suministró este príncipe, y acompañado de los principales señores de la isla y de un arzobispo, llegó Alejandro á Roma el 21 de noviembre de 1165, y fué recibido con demostraciones extraordinarias de alegría por todas las clases de la ciudad.

Permaneció tranquilo hasta que Federico se puso en estado de volver á entrar en Italia al fin del año siguiente, despues de haber tenido una corte plena en Aquisgran para canonizar al emperador Carlo-Magno. El cuerpo de este príncipe habia sido descubierto en el año de 1000 por Otton III, y aunque se halló incorrupto y se contaban de él muchos milagros, continuaron haciéndole el aniversario como á los demas difuntos. Federico Barba-roja, por consejo de los señores así legos como eclesiásticos congregados en gran número, exhumó el cuerpo con gran ceremonia y le metió en una

(1) Godofr. ann. 1164.

caja ricamente adornada. Esta fué la época en que comenzó á celebrarse fiesta á Carlo-Magno y á honrárselo de un modo público con un culto que se estendió de Aquisgran á algunas otras iglesias. Aunque esta canonizacion fué hecha por un antipapa, los Papas legítimos jamás la han reprobado.

Partió Federico poco despues para Italia, resuelto á hacer los últimos esfuerzos para establecer á Pascual en lugar de Alejandro; fué en persona á sitiar á Ancona, de la cual se habia apoderado el emperador de Constantinopla, y mandó avanzar hacia Roma tropas numerosas á las órdenes del arzobispo electo de Maguncia. Apoderáronse de todas las ciudades circunvecinas, y no pudiendo forzar á Roma, intentaron con algun éxito ganar á los romanos á fuerza de dinero. Alejandro empleó los mismos medios para contener en su deber aquellas almas venales, que queriendo complacer á los dos partidos eran infieles á uno y otro. El rey Guillermo de Sicilia, por sobrenombre el Malo, que murió en este mismo año, le habia dejado cuarenta mil libras esterlinas, moneda de Inglaterra ya muy conocida, y su hijo Guillermo el Bueno le envió además otras tantas (1166).

Por otra parte el emperador de Constantinopla, Manuel Comneno, hizo entregar al Papa preciosas dádivas y le ofreció su auxilio contra Federico. Manifestóle la sumision mas religiosa, y le prometió restablecer la union entre las dos iglesias en el pie en que habia estado en sus mas felices dias de los tiempos primitivos. Pidió al Papa lo que ya muchas veces habia solicitado, que en coyunturas tan favorables volviese á sus sienes la corona imperial; la cual, decia, pertenece de derecho al sucesor natural de los Constantinos y Teodosios, y no al alemán Federico. Insistia diciendo que suministraria tanto dinero y un cuerpo de tropas tan formidable, que someterian de una

vez á la Iglesia romana, no solamente la infiel Roma, sino tambien toda la Italia. Aunque estas promesas parecieron quiméricas, no dejó el Papa de escucharlas lo bastante para enviar legados á Constantinopla (1166).

Pero derrotadas las tropas de Alejandro por el arzobispo de Maguncia, y habiendo caído Ancona en poder de Federico (1167), se acercó este príncipe con la mayor altivez á Roma, atacó el castillo de Sant-Angelo, y luego la iglesia de San Pedro, cometiendo la impiedad de ponerla fuego para obligar á que se la entregasen. El Papa Alejandro, lleno de espanto, abandonó el palacio de Letran, y por el pronto se retiró con los cardenales á las casas fortificadas de algunos nobles romanos; mas siguiéndole allí el terror, salió en traje de peregrino y buscó mas seguridad en los Estados del rey de Sicilia. Fué entonces el antipapa Pascual desde Viterbo donde habia esperado el éxito de las armas de Federico; celebró solemnemente en San Pedro el domingo 30 de julio, y el martes siguiente, día de San Pedro ad-Vincula, coronó a este emperador y á la emperatriz Beatriz su esposa (1). El triunfo de los cismáticos fué tan pasajero como parecia completo. Al día siguiente de la coronacion, el ejército imperial, despues de un poco de lluvia, fué herido de un sol tan ardiente que causó repentinamente una mortandad espantosa. Los soldados caian muertos sobre sus armas y casi en la marcha. La muerte hirió del mismo modo á los prelados y á los señores, entre los cuales principalmente fué horrible el fallecimiento de Reinaldo, arzobispo electo de Maguncia, uno de los principales ministros del emperador. En pocos dias fué tan grande la mortandad, que no habia brazos que pudieran bastar para enterrar los cada-

veres. El día 6 de agosto Barba-Roja se vió precisado á abandonar las inmediaciones de Roma. Para colmo del desastre, los pueblos sublevados de la Lombardia le cargaron en su retirada y acabaron de arruinar los débiles restos de sus tropas, mas semejantes á un hospital ambulante que á un ejército.

El Papa Alejandro, á ejemplo de Gregorio VII, como refiere Juan de Sarisberi (ep. 60), y usando de justas represalias habia absuelto á estos italianos y á todos los demas vasallos de Barba-Roja del juramento de fidelidad, despues de haber excomulgado al príncipe. Sin embargo, no creyó deber adoptar esta medida estrema, en un concilio celebrado en Roma (1167), hasta despues que Federico hizo excomulgar por sus cismáticos á Alejandro y á sus principales defensores, hasta despues que este príncipe hubo publicado en Italia y Alemania un edicto en que desterraba para siempre á los obispos que reconocieran á Alejandro y lo puso en ejecucion, hasta que, en fin, el emperador era ya casi su tercer anti-papa (1). Habiendo llegado en Francia la noticia de la derrota de Federico á oídos de Santo Tomás de Cantorbery, escribió al Papa una carta congratulatoria, en la cual compara esta catástrofe al castigo de Sennacherib. «¿Quién de los ministros de Jesucristo, concluye (2), se someterá en adelante á las pretensiones inicuas de los príncipes contra la Iglesia? Hágalo quien ose arrostrar la suerte de un culpable tan humillado: ciertamente no seré yo.»

El destierro y la indigencia en nada habian debilitado la magnanimidad del santo arzobispo. Habiéndole conferido el Sumo Pontífice, poco despues de su vuelta á Roma, la legacion de Inglaterra, Tomás se vió obligado á hacer respetar la Iglesia de

(1) Acerb. Moren. pag. 843.

(1) Labbe, t. 10, p. 1449 et seq.

(2) Lib. 1, ep. 22.

la cual era ministro. Excomulgó desde luego nominalmente junto con otras personas, á Juan de Oxford, que en la dieta de Wurtzburgo empeñó en cuanto estuvo de su parte al rey de Inglaterra para que entrase en el cisma. En cuanto al rey, que en el interin cayó gravemente enfermo, el nuevo legado no pronunció la excomunion contra él; pero le dió á entender que, si no entraba dentro de sí mismo, le excomulgaria igualmente y pondría entredicho en su reino. En fin, condenó públicamente la acta famosa de las costumbres de Inglaterra, absolvió á los obispos de la promesa que hicieron de observarlas, y declaró excomulgado á cualquiera que en adelante quisiese autorizarse con este escrito fatal. Notificó inmediatamente lo que acababa de practicar á los obispos de su provincia, y mandó al de Londres, dean de Cantorbery y su primer sufragáneo, que lo hiciese saber á las demas iglesias.

Esto causó una inquietud general acompañada de siniestros rumores en toda la estension de la Gran Bretaña. Gilberto, obispo de Londres, que teniendo alguna sombra de religion hacia la corte á espensas de su conciencia, tembló con solo saber que la legacion se habia conferido al santo arzobispo. Escribió inmediatamente al rey Enrique, suplicándole que permitiese á los obispos someterse á la autoridad que el Sumo Pontífice conferia á Tomás, y no exigiese de ellos una resistencia capaz de aniquilarlos y cubrirlos de oprobio; pues cuando el Papa manda, decia en el primer movimiento de su terror (1), no hay subterfugio ó tergiversacion que pueda escusarnos: es necesario obedecer. Quedó por otra parte mucho mas turbado cuando se halló encargado de cooperar por sí mismo á las vigorosas disposiciones del legado. No fué menor la

(1) Thom. lib. 1, ep. 131.

sorpresa de la mayor parte de los obispos. Instruyeron al rey, se juntaron en Londres para concertar sus defensas, y por una inconsecuencia lastimosa de Enrique, que habia prohibido en su coleccion de costumbres el recurso á la Santa Sede, de consentimiento de este principe apelaron al Papa de todo cuanto pudiese hacer el arzobispo legado.

No obstante, como conocian la debilidad y todas las irregularidades de semejante apelacion, escribieron al santo prelado (1) para que usase de la mayor moderacion en un negocio tan delicado: añadiendo que esperaban mas paciencia y modestia de un hombre de quien se decia haberse reducido á la pobreza voluntaria entre religiosos fervorosos, y aplicado como ellos á los trabajos humildes, á los ayunos, á las vigiliat, á las lágrimas de la compuncion y á todos los ejercicios de la vida espiritual y perfecta: que debia poner sus intereses en manos de la Providencia del Señor y de la clemencia del rey, mas bien que grangearse generalmente la acusacion de ingrato: que todo el mundo tenia presente, y aun él mismo podia recordar muy bien el estado de donde el rey le sacó para elevarle al mas alto grado de grandeza y de favor: que hasta la clase de que gozaba en la gerarquia la debia únicamente á este principe, quien para establecerle en ella habia desoido los consejos de su madre, las murmuraciones de su reino y los temores del clero; que debia horrorizarse á vista del cisma, y de los extremos funestos á la Religion á que su dureza podia reducir á un principe obedecido de tantos pueblos, y que habia resistido hasta entonces á las instancias de lo que habia de mas grande en el mundo, pero de quien tal vez arrancaria la indignacion lo que la seduccion no habia podido conseguir: en

(1) Thom. lib. 1, ep. 129.

fin, que el rigor apostólico estaba reservado para los pecadores obstinados, y que si el rey su señor habia pecado, estaba siempre pronto á dar satisfaccion.

El santo arzobispo manifestó desde luego en su respuesta (1), que no creia que semejante carta fuese dictada por todos los prelados en cuyo nombre se habia remitido. no pudiendo imaginar que le abandonasen de esa manera en la persecucion que sufría por la causa comun del episcopado. Parece sospechaba que el obispo de Londres, instigado del rey, habia tenido en ella la mayor parte. Despues de pintar las indignidades de esta persecucion, el peligro de la vida que le forzó á huir de Inglaterra, la miseria á que procuraban reducirle á él y á los suyos, la proscripcion de sus clérigos, de todas las familias que le eran adictas, ancianos, mugeres, niños, prosigue así: Sin haberse pronunciado sentencia alguna, sin haberse atrevido á esperarme en el tribunal del Papa, se han confiscado los bienes de mi iglesia; una parte de la plata se ha convertido en provecho del rey, y si lo que se dice públicamente es cierto, otra parte en beneficio de vuestra iglesia y de vuestra persona, de vos mi hermano el obispo de Londres; en cuyo caso, en virtud de la autoridad que el Señor y la santa Iglesia me dan sobre vos, os mando los restituyais dentro de cuarenta dias contados desde la recepcion de esta carta.

Decis que mi promocion ha causado afliccion al clero y murmuracion en el reino; consultad los monumentos y hablad segun vuestra conciencia. Ved la forma de la eleccion, el consentimiento de todos aquellos que tenían derecho á votar, la aprobacion del rey dada por el principe su hijo y por los comisarios. Si alguno se ha opuesto, aquel que lo haya oido que nos dé la pri-

(1) Thom. l. 1, ep. 137. B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

mera noticia. Ved además las cartas del rey y las vuestras, de todos vosotros mis colegas, escritas al efecto de pedir para mí el pálio. De aquí puede colegirse que los escrúpulos que tuvo el Santo acerca de su elevacion al obispado y la dimision que quiso hacer, le fueron únicamente inspirados por la humildad ó por la melancolia. Si la ambicion (continúa, designando de nuevo al obispo de Londres), si la baja envidia aflige á alguno en orden á mi promocion, Dios le perdone, como lo hago yo, los sentimientos vergonzosos que no se detiene en manifestar. Vos me dais á entender que el rey me ha sacado de la nada: confieso que no soy de origen augusto; pero amo mas mi pequeñez que degenerar de mi nobleza. Habré nacido, si lo quereis así, en una cabaña miserable; pero antes de entrar en el servicio del rey no ignorais que vivia honradamente en mi medianía. Pedro fué sacado de la barca, nosotros somos los sucesores de los Apóstoles y no de los Césares. Me acusais de ingratitud; pero este crimen solo consiste en la intencion que me atribuis, y en esta parte vuestra sagacidad, por mucha que os parezca, puede engañarse. Por lo que hace á mí, creo haberme propuesto hacer un servicio al rey, aunque á su pesar: quiero apartar del pecado por medio de la severidad pontificia al que se hace sordo á los acentos de la ternura paternal. En todo caso temo sobre todas las cosas ser ingrato para con Dios, para con el más grande y el mejor de los señores.

Me representais, en fin, el peligro de la Iglesia romana, y la amenaza de que el rey se separe de ella. No quiera Dios que, concibiendo de él idea tan infame, mida el mal que medita por todo aquello que puede hacer un principe que ejerce su poder en tantas naciones. No quiera Dios que tenga este pensamiento injurioso ninguno de sus vasallos, cuanto mas un obis-